

## ESCENA VI.

GORDON, y BUTLER invisible al principio.

BUTLER.—Estad aquí callados, hasta que dé yo la señal.

GORDON. (Adelantándose.)—Él es, en compañía de los asesinos.

BUTLER.—Las luces se han apagado. Todos duermen profundamente.

GORDON.—¿Qué debo hacer? ¿Procuro salvarlo? ¿Pongo en movimiento á los criados y centinelas?

BUTLER. (Presentándose detrás.)—Una luz brilla en el corredor que lleva al dormitorio del Príncipe.

GORDON.—Pero ¿no faltó á mi juramento al Emperador? Y si se escapa y aumenta el poder del enemigo, ¿no será responsable mi cabeza de todas sus terribles consecuencias?

BUTLER. (Aproximándose á él.)—¡Silencio! ¡Escuchemos! ¿Quién habla aquí?

GORDON.—¡Ay de mí! Vale más dejarlo á la voluntad del cielo. ¿Quién soy yo para intervenir en sucesos tan graves? Yo no soy su asesino, si sucumbe; pero su salvación, á mí solo sería imputable, y yo también sufriría todos sus mortales efectos.

BUTLER. (Acercándose aún más.)—Yo conozco esta voz.

GORDON.—¡Butler!

BUTLER.—Es Gordon. ¿Qué buscáis aquí? Tarde en demasiada habéis dejado al Duque.

GORDON.—¿Traéis la mano en cabestriño?

BUTLER.—Estoy herido. Ese llo peleó como un desesperado, hasta que al fin lo derribamos en tierra.

GORDON. (Temblando.)—¡Han muerto!

BUTLER.—Sí... ¿Está ya acostado?

GORDON.—¡Ay de mí, Butler!

BUTLER. (Con precipitación.)—¿Lo está? ¡Hablad! Lo sucedido no puede quedar oculto mucho tiempo.

GORDON.—Él no debe morir! ¡No por vuestra mano! El cielo no lo consiente. Ya véis; está herida.

BUTLER.—No hay necesidad de mi brazo.

GORDON.—Los culpables han perecido. Baste ese acto de justicia. Con ese sacrificio queda satisfecha. (El ayuda de cámara viene por la galería con un dedo en los labios, imponiendo silencio.) ¡Duerme! ¡Oh! ¡No le mateis en su sueño, digno de respeto!

BUTLER.—No; morirá al despertar. (Quiere irse.)

GORDON.—¡Ay de mí! Su corazón, preocupado aun con las cosas de este mundo, no se halla bien dispuesto á presentarse ante Dios.

BUTLER.—Dios es misericordioso. (Pugna por irse.)

GORDON. (Deteniéndolo.)—Dejadlo vivir sólo esta noche.

BUTLER.—A cada instante podemos ser descubiertos. (Quiere irse.)

GORDON. (Deteniéndolo.)—¡Sólo una hora!

BUTLER.—¡Soltadme! ¿De qué le servirá tan breve plazo?

GORDON.—¡Oh! El tiempo es una deidad milagrosa. Miles de granos de arena corren en una hora, tan rápidos como los pensamientos en la mente humana. ¡Sólo una hora! Vuestro corazón puede mudarse, el suyo también... puede llegar una noticia cualquiera... un suceso venturoso, decisivo y salvador, venir rápido del cielo... ¡Oh! ¿Qué no puede hacer una hora!

BUTLER.—Me advertís cuán preciosos son los minutos. (Da con el pie en el suelo.)

## ESCENA VII.

MACDONALD y DEVEROUX, con alabarderos. Después el AYUDA DE CÁMARA y LOS MISMOS.

GORDON. (Interponiéndose entre unos y otros.) — ¡No! ¡hombre cruel! Antes que cometer con mi consentimiento tan horrible atentado, has de pasar por encima de mi cadáver.

BUTLER. (Rechazándolo.) — ¡Insensato anciano! (Se oyen trompetas á lo lejos.)

MACDONALD y DEVEROUX. — ¡Trompetas suecas! Los suecos llegan á Egra: corramos.

GORDON. — ¡Dios mio, Dios mio!

BUTLER. ¡A vuestro puesto, comandante! (Gordon se precipita fuera.)

EL AYUDA DE CÁMARA. (Que entra apresuradamente.) — ¡Quién se atreve á hacer aquí ruido? ¡Silencio, que el Duque duerme!

DEVEROUX. (En voz alta y terrible.) — ¡Amigo, ahora es ocasión de hacer ruido!

EL AYUDA DE CÁMARA. (Gritando.) — ¡Socorro! ¡Al asesino!

BUTLER. — ¡Matadlo!

EL AYUDA DE CÁMARA. (Que cae á la entrada de la galería, atravesado por el puñal de Deveroux.) — ¡Jesús María!

BUTLER. — ¡Romped las puertas! (Entran en la galería pasando por encima del cadáver. Se oye á lo lejos la caída de dos puertas... voces confusas... ruido de armas... luego, de repente, profundo silencio.)

## ESCENA VIII.

LA CONDESA TERZKY.

LA CONDESA TERZKY. (Con una luz.) — La alcoba de Tecla está vacía, y no se la encuentra en parte alguna; falta también la señorita de Neubrunn, que velaba á su lado... ¿habrá huido? ¿Adónde podrá haberse encaminado? Es menester seguirla, poner á todos en movimiento. ¿Cómo recibirá el Duque tan infausta nueva?... ¡Si mi esposo, siquiera... hubiese vuelto del banquete! ¿Estará despierto el Duque todavía? Se me figura que oigo voces y pasos. Me acercaré á escuchar á la puerta. ¡Silencio! ¿Quién está ahí? ¿Quién sube corriendo las escaleras?

## ESCENA IX.

LA CONDESA, GORDON, después BUTLER.

GORDON. (Entrando precipitadamente, y sin aliento.) ¡Es una equivocación!... No son los suecos... ¡Detenéos... Butler... Dios mio! ¿En dónde está? (Observando á la Condesa.)

LA CONDESA. — ¿Venís del castillo? ¿En dónde está mi marido?

GORDON (Asustado.) — ¡Vuestro esposo! ¡Oh! ¡No lo preguntéis! ¡Entrad! (Quiere irse.)

LA CONDESA. (Deteniéndolo.) — Pero no antes que me digáis...

GORDON. (Pugnando por desasirse.) — La suerte del mundo

pende de este instante...! ¡Por Dios, dejadme...! mientras hablamos... ¡Dios del cielo! (Gritando.) ¡Butler, Butler!

LA CONDESA. — Está con mi esposo en el castillo. (Butler sale de la galería.)

GORDON. (Al verlo.) — Era un error... no son los suecos... son los imperiales, que entran... el teniente general me envía aquí, y él, en persona, vendrá enseguida... no consuméis vuestra obra.

BUTLER. — Llega tarde.

GORDON. (Apoyándose contra la pared.) — ¡Dios de misericordia!

LA CONDESA. (Con la mayor ansiedad.) — ¿Para qué es demasiado tarde? ¿Quién ha de venir aquí en seguida? ¿Octavio en Egra? ¡Traición, traición! ¿En dónde está el Duque? (Corre hacia la galería.)

### ESCENA X.

LOS MISMOS.—SENI.—Luego el BURGOMAESTRE.—UN PAJE.—CAMARISTAS.—CRIADOS, que corren espantados por la escena.

SENI. (Saliendo de la galería con ademanes del más vivo terror.) — ¡Acción horrible y sanguinaria!

LA CONDESA. — ¿Qué ha sucedido, Seni?

UN PAJE. (Que llega.) — Lastimoso espectáculo. (Entran criados con antorchas.)

LA CONDESA. — ¿Qué hay? ¡Decidlo por Dios!

SENI. — ¿Todavía lo preguntáis? El Duque yace allí asesinado; vuestro esposo ha muerto en el castillo. (La Condesa se queda inmóvil al oírlo.)

LA CAMARISTA. (Entrando precipitadamente.) — ¡Socorred, socorred á la Duquesa!

EL BURGOMAESTRE. (Que llega aterrado.) — ¿Qué ayes de dolor tienen despiertos á los que debieran dormir en esta casa?

GORDON. — ¡Maldita para siempre es vuestra casa! En vuestra casa yace el Príncipe asesinado.

EL BURGOMAESTRE. — ¡No lo permita Dios! (Vase corriendo.)

PRIMER CRIADO. — ¡Huid, huid! ¡A todos nos matarán!

SEGUNDO CRIADO. (Con la vajilla de plata.) — ¡Fuera por aquí! Las salidas de abajo están cerradas. (Detrás de la escena se oye gritar: ¡Dejad pasar, dejad pasar al teniente general! Al oír estas palabras, la Condesa vuelve en sí de su espanto, y se esquivo con prontitud. Detrás de la escena gritan: ¡Cerrad las puertas; detened al pueblo!)

### ESCENA XI.

LOS MISMOS sin la CONDESA.—OCTAVIO PICCOLOMINI con su séquito.—DEVEROUX y MACDONALD vienen del fondo con sus alabarderos. El cadáver de WALLENSTEIN, envuelto en un paño encarnado, es traído al fondo de la escena.

OCTAVIO. (Entrando apresuradamente.) — ¡No puede ser! ¡No es posible! ¡Butler! ¡Gordon! ¡No quiero creerlo! ¡Decidme que no!

GORDON. (Sin responder, señala al fondo con la mano. Octavio mira hacia donde señalan, y se queda helado de horror.)

DEVEROUX. (A Butler.) — Aquí está el Toisón de oro, y la espada del Príncipe.

MACDONALD. — Recomendad á la cancillería...

BUTLER. (Señalando á Octavio.) — Hé aquí ahora el único que manda. (Deveroux y Macdonald se retiran respetuosamente.

Todos se van, y quedan sólo en la escena Butler, Octavio y Gordon.)

OCTAVIO. (Dirigiéndose á Butler.)—¿Ese era vuestro proyecto, cuando nos separamos? ¡Justo Dios! Yo me lavo las manos. Yo no soy culpable de esa acción horrible.

BUTLER.—Vuestras manos están puras. Habéis empleado las mías en ejecutarlo.

OCTAVIO.—¡Infame! ¿Abusar así de las órdenes de tu señor, y cometer tan sangriento y horrendo asesinato, invocando el sagrado nombre del Emperador?

BUTLER. (Tranquilo.)—Sólo he cumplido su sentencia.

OCTAVIO.—La maldición es compañera de los reyes, y tal el formidable poder de sus palabras, que, á pensamientos fugaces, siguen al punto los hechos, y hechos de todo punto irreparables. ¿Por qué obedecerlas con tanta celeridad? ¿Por qué haberte opuesto á que nuestro elemento soberano le perdonase? El tiempo es el ángel salvador de los hombres... Sólo es de Dios infalible la inmediata ejecución de sus acuerdos.

BUTLER.—¿Por qué tales reconvenciones? ¿Cuál es mi delito? Mi acción es loable por haber librado al Imperio de un enemigo temible, y merece recompensa. No hay otra diferencia entre vuestros actos y los míos, sino que yo he disparado la flecha que aguzásteis. Sembrásteis semilla de sangre, y os admiráis de que sea sangre su fruto. Siempre he sabido lo que hacía, y, por tanto, ni me asustan ni me sorprenden sus resultados naturales. ¿Tenéis alguna otra orden que darme? Parto en seguida para Viena, á depositar mi sangrienta espada ante el trono del Emperador, y reclamar la aprobación, que todo juez recto concedo á una pronta y puntual obediencia. (Vase.)

## ESCENA XII.

Los mismos, sin BUTLER.—La condesa TERZKY se presenta pálida y desfigurada. Habla con trabajo y con voz débil, sin pasión alguna.

OCTAVIO. (Saliendo á su encuentro.)—¡Oh Condesa Terzky! ¿A este extremo habíamos de llegar? Hé aquí las consecuencias de hechos deplorables.

LA CONDESA.—Son los frutos de vuestra conducta... El Duque ha muerto; mi esposo ha muerto; la Duquesa lucha con la muerte; mi sobrina ha desaparecido. Un yermo es esta mansión, antes tan brillante y suntuosa, y los criados huyen horrorizados por todas sus puertas. Queda la última; la cierro y os entrego las llaves.

OCTAVIO. (Con dolor profundo.)—Desierto también, ¡oh Condesa! queda mi triste hogar.

LA CONDESA.—¿Quién ha de sucumbir además? ¿Quién, además, ha de ser maltratado? El Príncipe ha muerto, y la venganza del Emperador está satisfecha. Perdonad á los antiguos servidores, y que su afecto y su lealtad no se les impute á crimen. El destino sorprendió á mi hermano, y no le permitió pensar en ellos.

OCTAVIO.—Nada de venganza, nada de malos tratamientos, Condesa. Una falta grave ha sido gravemente castigada; el Emperador, ya aplacado, no consentirá que la hija herede del padre más que su fama, y la memoria de sus servicios. La Emperatriz respeta vuestra desdicha, y sólo os abre compasiva sus brazos maternos. Deponed, pues, todo temor. Tened confianza, y abandonaos, llena de esperanza, á la clemencia del Emperador.

LA CONDESA. (Mirando al cielo.)—Yo me confío á la misericordia del más alto Soberano... ¿En dónde descansará el cadáver de Principe? La Condesa de Wallenstein yace sepultada en la Cartuja de Gitschin, fundada por él, y á su lado, por haber ella sido la primera piedra de su fortuna, deseaba él dormir, agradecido para siempre. ¡Oh! ¡Ordenad que lo entierren allí! Igual gracia pido para mi esposo. Ya que el Emperador es poseedor de nuestros castillos, que nos deje siquiera ocupar una tumba, al lado de las de nuestros ascendientes.

OCTAVIO.—Tembláis, Condesa... Palidecéis... ¡Dios mío! ¿Qué interpretación debo dar á vuestras palabras?

LA CONDESA. (Haciendo un esfuerzo supremo, y expresándose con pasión y con nobleza.)—Sin duda tendréis formada de mí una opinión demasiado favorable, para pensar que yo pudiera sobrevivir á la ruina de mi casa. No nos reputábamos tan humildes, que no nos estimáramos indignos de alcanzar una corona... No ha sido posible..., sin embargo, regios son nuestros pensamientos, y preferimos muerte libre y valerosa á deshonrada vida... He tomado veneno...

OCTAVIO.—¡Oh! ¡Salvadla! ¡Socorro!

LA CONDESA.—Es ya demasiado tarde. Dentro de pocos instantes, mi destino se habrá cumplido. (Vase.)

OCTAVIO.—¡Oh casa de muertes y de horrores! (Llega un correo, y entrega un pliego.)

GORDON. (Saliéndole al encuentro.)—¿Qué hay? Este es el sello imperial. (Después de leerlo, lo entrega á Octavio con una mirada de reconvención.) Al Principe Piccolomini. (Octavio se aterra, y mira al cielo lleno de dolor.)

Cae el telón.

FIN.

